

mete el amor, el espíritu con frecuencia mete en él el odio. El odio lo ocupa.

El odiar por odiar existe. El arte por el arte está en la naturaleza más de lo que se cree.

Se odia... por hacer algo. El odio gratuito es formidable; queremos decir que se paga á sí mismo.

El oso vive lamiéndose las garras, pero indefinidamente no; necesita abastecerlas y poner bajo de ellas el alimento.

Odiar indistintamente es grato y hasta durante algun tiempo, pero concluye siempre por tener objeto. Agota la animosidad difundida sobre la creacion, como todo goce solitario. El odio sin objeto es semejante á un tiro sin blanco; lo que hace interesante el juego es tener un corazon que agujerear.

El servicio de interesar el juego, de ofrecer blanco, de apasionar el odio fijándolo, de divertir al cazador con la vista de la presa viva, de hacer esperar al que acecha el hervir tibio y humeante de la sangre que vá á derramar, de hacer desarrugar su frente al ver la credulidad inútil de las alas del pájaro, ese servicio exquisito y horrible que no tiene conciencia de él el que le presta, se lo prestaba Josiana á Barkilphedro.

El pensamiento es un proyectil. Barkilphedro, desde el primer día, se puso á mirar á Josiana con las malas intenciones que abrigaba en su espíritu. La intencion y la escopeta se parecen. Barkilphedro, siempre en guardia, dirigia contra la duquesa su maldad secreta. Esto os asombra? ¿Qué daño os hace el pájaro para que le dispereis un tiro? Direis que es para comérosle; Barkilphedro tambien.

Josiana no podia ser herida en el corazon, porque el sitio que ocupa un enigma es vulnerable difícilmente; pero podia herírsela en la cabeza, esto es, en el orgullo, porque ella era débil por donde se creia fuerte.

Barkilphedro lo habia comprendido así.

Si Josiana hubiera conocido á Barkilphedro, si hubiera podido ver lo que se emboscaba detrás de su sonrisa, á pesar de ser tan altiva y de tan elevada gerarquía, quizás hubiera temblado; por fortuna para la tranquilidad de sus sueños ignoraba absolutamente lo que era aquel hombre.

Lo inesperado se esparce no se sabe de dónde. Las hondas profundidades de la vida son temibles. No hay odio pe-

queño, siempre es enorme; conserva su estatura en el sér más diminuto y siempre permanece mónstruo; el odio siempre es completo. Está en peligro el elefante que una hormiga odia.

Antes de herir, Barkilphedro ya percibia con alegría un semi-sabor de la accion ruin que queria cometer. No sabia aun cómo obraria contra Josiana, pero estaba decidido á dañarla, y era mucho ya haberse decidido.

Aniquilar á Josiana hubiera sido conseguir demasiado éxito, y no lo esperaba; pero humillarla, empuñecerla, desolarla, ver rodar lágrimas de rabia de sus ojos soberbios, esto sí que lo creia. Se figuraba haber encontrado ya el defecto de la armadura de oro de Josiana, y queria hacer brotar por él la sangre de esta mujer olimpica. ¿Qué beneficio le reportaba esto? volvemos á decir. Un beneficio enorme. Devolver mal por bien.

¿Qué es un envidioso? Un ingrato, que detesta la luz que le alumbraba y le calienta. Zoilo odiaba al bienhechor Homero.

Conseguir que Josiana sufriese lo que hoy llamamos una viviseccion, ponerla convulsiva en la mesa de la anatomía, disecarla viva por capricho, destrozarla por aficion, mientras estuviese lanzando gritos de dolor, era lo que se proponia gozosamente Barkilphedro.

Para llegar á conseguir ese resultado tendria él que sufrir algo, pero esto no le inquietaba. ¿Si el cuchillo al caer os corta los dedos, no importa! Participar algo del tormento de Josiana le tenia sin cuidado. El verdugo que maneja el hierro candente, si se descuida, se quemará tambien; pero con tal de que otro sufra mucho más, nada siente el que sufre menos. Ver cómo se retuerce el sentenciado os quita el propio dolor. Haz lo que perjudica y suceda lo que quiera.

El daño que se hace recaer sobre otro se complica con una aceptacion de responsabilidad oscura. Arriesga uno mismo el peligro que se hace correr á otro; pero esto no arredra al verdadero malvado. La angustia que experimenta el paciente la dá él con alegría, y recibe las cosquillas de los dolores de aquel. Al malvado satisface lo terrible; el suplicio reverbera en el bienestar. Ejemplo: El duque de Alba. Nuestro lado oscuro es insondable.

Josiana tenia la plenitud de seguridad que presta el orgullo ignorante, compuesta del desprecio de todo. Es

extraordinaria la facultad femenina de desdeñar; el desden de Josiana era inconsciente, involuntario y confiado. Barkilphedro era para ella un sér insignificante; se hubiera asombrado si le hubiesen dicho lo que era realmente.

Ella iba, venia, reia y loqueaba delante de este hombre, que la contemplaba oblicuamente, pensativo y espiondo la ocasion.

Cuanto más esperaba, más se afirmaba en la determinacion de lanzar en la vida de esta mujer una desesperacion cualquiera.

Estaba decidido á ser inexorable.

El se daba razones de su proceder; no hay que creer que los pícaros no se aprecian á sí mismos. Se ajustan las cuentas por medio de monólogos altivos y discuten desde muy alto.—Cómo se entiende? Josiana hacerle limosnas? Le habia arrojado, como á un mendigo, algunos liards de su colosal riqueza y lo habia condenado á una funcion inepta. El, Barkilphedro, hombre casi eclesiástico, capacidad variada y profunda, personaje docto, tenia por empleo destapar botellas lanzadas por el mar y descifrar pergaminos emmohecidos. De esto tenia la culpa Josiana, y para colmo de afrenta, ella le tuteaba! ¿Y no se habia de vengar? Y no habia de castigarla? ¿Si no obrase como debia con ella, no habria justicia en el mundo!

X.

Llamaradas que se verian si el hombre fuese transparente.

Pues qué, ¿ha de ser siempre feliz esa mujer extravagante, esa soñadora lúbrica, virgen hasta que se la presente ocasion de no serlo, esa Diana orgullosa, esa bastarda de un canalla de rey que no supo permanecer en su puesto, que se cree diosa porque es una gran dama y que sería mujer pública si fuese pobre, esa ladrona de los bienes de un proscrito? ¿se cree que se ha portado conmigo régicamente, conmigo Barkilphedro, porque un dia que tenia hambre y carecia de asilo tuve la imprudencia de sentarme en su casa en un rincon de su mesa y de anudar en un agujero cualquiera de su insoportable palacio, un poco mejor que los criados, pero peor que sus caballos? Abusó de mi miseria para no verse obligada á colocarme en la posicion que merezco, que es lo que hacen los ricos para humillar á los po-

bres. ¿Qué le costaba haber hecho lo que debia? ¿Qué hizo por mí? Nada. Si me alojó en su casa, fué porque tenia habitaciones de sobra; ¿por eso se privaba acaso de comer una cucharada menos de sopa de tortuga? ¿Se privó de derrochar ni siquiera lo supérfluo? No. Al contrario, añadió á lo supérfluo una vanidad, un objeto de lujo, una buena accion que enseñaba, como un anillo en el dedo; la de socorrer y patrocinar á un hombre de talento. Puede estar orgullosa y decir: "¡Yo prodigo beneficios, yo protejo á los hombres de letras! ¡El miserable puede jactarse de haber dado conmigo! Soy muy amiga de las artes...". Todo por concederme un pobre lecho en un cuarto que le sobraba. En cuanto al destino que por Josiana desempeñó en el almirantazgo, vaya un destino!... es un empleo ridículo.

¿Qué debia, pues, á Josiana? La gratitud del jorobado á su madre que lo hizo deforme. ¡Esto son los privilegiados, los ricos, los preferidos de la fortuna madrastra! Los hombres de talento como él se ven obligados á alinearse en las escaleras, á saludar á lacayos, á subir por las noches muchos pisos, á ser corteses, activos, deferentes, risueños y á hacer continuamente un gesto respetuoso, mientras Josiana se cubria el cuello de perlas y adoptaba posiciones amorosas con su imbécil lord David.

No os dejeis nunca prestar servicios; os engañarán. No os dejeis coger en flagrante delito de inanicion, porque os aliviarán. Porque Barkilphedro carecia de pan, esa mujer encontró suficiente pretexto para darle de comer. Desde entonces él fué su criado. Un desfallecimiento del estómago os encadena para toda la vida. Verse obligado, es ser explotado. Los dichosos, los poderosos, aprovechan el momento en que les tenéis la mano para ponerlos en ella una moneda, y desde entonces, desde ese minuto de cobardía, sois ya su esclavo, y esclavo de la peor clase, esclavo de una caridad, esclavo que os obligan á querer. Y todo ha concluido: sois ya condenado perpétuamente á encontrar bueno á aquel hombre, á encontrar hermosa á aquella mujer, á permanecer en segundo término, de subalterno; á aprobar, á aplaudir, á admirar, á incensar, á arrodillaros, á suavizar vuestras palabras cuando os agite la cólera. De este modo los ricos hacen prisionero al pobre. La liga de la buena accion os embadurna y os empantana para siempre.

La limosna es irremediable. Gratitude es parálisis. El beneficio tiene adherencia viscosa y repugnante, que os priva de todo movimiento. Esto lo saben los odiosos opulentos, cuya compasión os maltrata. Os convertís en cosa suya. Os han comprado. Por cuánto? por un hueso que le han quitado al perro para ofrecérselo, arrojándolo a la cabeza. Habeis sido á la vez socorrido y dilapidado, pero esto es igual. ¿Roiste el hueso, sí ó no? Si lo habeis roído, dad las gracias para siempre. Adorad á vuestros dueños con genuflexion indefinida. Exigen que conozcais que sois un pobre diablo, para que reconozcais que ellos son dioses. Vuestra disminucion los aumenta; cuanto más os encorvais, más rectos están ellos.

—¿Qué es eso que teneis tan feo en casa, querida mia? Quién es ese hombre?

—No lo sé; es un estudianton que yo mantengo.

Así dialogan las grandes damas, sin bajar siquiera la voz. Vos lo oís y permanecéis mecánicamente amable. Por otra parte, si estais enfermo, vuestros señores os envían el médico, pero no el suyo. En ocasiones se informan. No siendo de la misma especie que vos, y estando lo inaccesible de su parte, ellos son amables. A fuerza de desdén son corteses. En mesa os hacen un imperceptible signo de cabeza; algunas veces saben la ortografía de vuestro nombre, y os hacen conocer que son vuestros protectores, hollando suavemente vuestra delicadeza y vuestra susceptibilidad. Son tan bondadosos!

Esto no es abominable? Ciertamente, y urge castigar á Josiana. Es preciso que sepa á quién desafia. ¿Josiana qué mérito tiene? Hizo la obra maestra de venir al mundo para atestiguar el disparate de su padre y la deshonra de su madre; nos hace la merced de existir, y por eso y por la complacencia de ser un escándalo público, le pagan millones, posee tierras y castillos, sitios de caza, lagos y bosques; mientras que él, Barkilphedro, que estudió y trabajó, y que tenía talento, que seria capaz de mandar ejércitos, que podria escribir tragedias como Otway y Dryden, si quisiese, él se vió reducido á pedir pan á semejante mujer para no morir de hambre. La usurpacion de los ricos execrables, favoritos de la suerte, puede costarles muy cara. Aparentan ser generosos con nosotros y protegernos y sonreirnos, ¡á nosotros, que beberíamos su

sangre y despues nos lameríamos los labios!... ¡Es la más espantosa de las iniquidades que una aventurera mujer de la corte goce del odioso poder de ser bienhechora, y que el hombre superior esté condenado á recoger del suelo las sobras que caen de semejantes manos! ¡Qué sociedad es esta que tiene en este punto por base la desproporción y la injusticia! ¿No estamos ya en el caso de cogerlo todo por los cuatro ángulos y de echar al mismo tiempo al suelo el mantel, el festin, la orgía, la embriaguez y á los convidados, á los que están con los codos sobre la mesa y á los que están á cuatro piernas debajo, á los insolentes que dan y á los idiotas que aceptan, y de escupirselo todo á Dios y de lanzar toda la tierra contra el cielo?... Esperando que llegue esa ocasion, ahondemos las garras en Josiana.

Así racionaba Barkilphedro, y sus racionios eran los rugidos de su alma. Es costumbre del envidioso absolverse á sí mismo, amalgamando á su agravio el mal público. Todas las formas feroces de las pasiones odiosas iban y venian en su inteligencia feroz. ¿Su tinglado de razonamientos salvajes era absolutamente absurdo? ¿Carecia de cierto juicio? Preciso es decir que no. Es espantoso pensar que esa apreciacion que se llama juicio no es la justicia; el juicio es lo relativo y la justicia es lo absoluto. Reflexionad la diferencia que existe entre un juez y un justo.

Los malvados maltratan á la conciencia con autoridad. Existe una gimnasia de lo falso; un sofista es un falsario, y hay ocasiones en que ese falsario brutaliza el buen sentido. Hay cierta lógica ligera, implacable y activa al servicio del mal, y que sobresale en matar la verdad en las tinieblas: puñetazos siniestros que dá Satán á Dios.

Lo triste era que Barkilphedro iba á producir un aborto: emprendia vasto trabajo para causar al fin poco estrago. ¡Ser hombre corrosivo, contar con voluntad de acero, con odio de diamante, con curiosidad ardiente de la catástrofe, y no quemar, ni decapitar, ni exterminar á nadie! ¡Es posible ser lo que él era, una fuerza devastadora, una animosidad voraz, gusano roedor de la felicidad agena, creado con cualidades tan sobresalientes para hacer daño y quizás solo servir para dar un papirotazo!... ¡Ser un resorte para poder romper las rocas á pedazos y soltar el fiador para hacer á una jóven una abolladura

en la frente! ¡Emplear una tarea de Sisifo para obtener un resultado de hormiga! Sudar todo el odio por casi nada! Esto es muy humillante para el que está dotado de un mecanismo de hostilidad capaz de triturar el mundo. ¡Poner en movimiento todos los engranajes, producir en la oscuridad todo el ruido de una máquina de Merly, para conseguir quizás pinchar la punta de un dedo rosado! ¡Voltear y volver á dar vueltas á los bloques para lograr arrugar un poco la superficie lisa de la corte.

Además, siendo como es la corte terreno extraño, nada es tan peligroso en ella como apuntar á un enemigo y errar el tiro. Desde luego esto os desenmascara á sus ojos, y esto le irrita; despues esto desagrade al rey. Los reyes no pueden ver á las personas torpes. No hagais contusiones ni maltrateis cobardemente. Ahogad á quien querais, pero no hagais echar sangre por la nariz á nadie. El que mata es hábil, el que solo hiere inepto. A los reyes les disgusta que dejen cojos á sus domésticos; no os pueden ver si quebráis una porcelana de sus chimeneas ó á un cortesano de su palacio. La corte debe estar muy limpia.

Esto se concilia perfectamente con la aficion que á la maledicencia tienen los principes. Hablad contra todo y contra todos los que querais, pero no hagais mal, ó si lo haceis que sea en gran escala. Dad puñaladas, pero no pincheis, á no ser que la aguja esté envenenada; este es, recordémoslo, el caso de Barkilphedro.

El pigmeo que odia es la redoma en que está encerrado el dragon de Salomon; redoma microscópica y dragon desmesurado; condensacion formidable, que está esperando la hora gigantesca de la dilatacion; disgusto que consuela al que premedita la explosion. El contenido es más grande que el continente. Un gigante latente es cosa extraña! Un acarus (1), dentro del que hay una hidra. Ser espantosa caja de sorpresas y tener dentro de sí un Leviatán, es para el enano una tortura y una voluptuosidad al mismo tiempo.

Nada era capaz de hacer que Barkilphedro abandonase su presa, y esperaba la ocasion. Llegará? No lo sabia, pero la esperaba. Los seres malvados tienen mucho amor propio. Agujerear y zapar

una fortuna de la corte, que está muy alta; mirarla, rodeados de peligros, subterráneamente, es interesante, y hace apasionar este trabajo oculto. Halaga esta ocupacion, como la de escribir un poema épico. Es accion heroica en el enano atacar al gigante; vanagloria ser la pulga de un leon.

El noble animal, al que la pulga pica, gasta su enorme cólera contra un átomo; le disgustaria menos luchar contra un tigre. Hé aquí los papeles trocados. Humillado el leon, siente dentro de la carne el dardo del insecto, y la pulga puede decir: Yo tengo dentro de mí sangre de leon.

Por lo tanto, la empresa de Barkilphedro puede decirse que era solo para su orgullo una especie de lenitivo, un consuelo, y pensaba con disgusto que no podria conseguir otro resultado que el cortar mezquinamente la epidermis de Josiana. ¿Qué más podia esperar siendo él tan oscuro y ella tan radiante? Un arañazo, que es nada para el que deseaba desollarla viva. ¡Es un dolor ser impotentes abrigando tan siniestras intenciones! Pero nada es perfecto en el mundo.

Al fin se resignaba; no pudiendo hacer otra cosa, se concretaba á empuñarse su idea de venganza; de todos modos siempre tenia un móvil que seguir.

Es un malvado el que se venga de un beneficio; Barkilphedro era ese coloso; ordinariamente la ingratitud consiste en el olvido: en los privilegiados del mal, ésta se convierte en furor. El ingrato vulgar se llena de ceniza. A Barkilphedro le llenaba un horno. Horno que amurallaban el odio, la cólera, el silencio y el rencor, mientras esperaba que Josiana fuese su combustible. Nunca, sin ningun motivo, hombre alguno aborreció hasta ese extremo á una mujer. Y ¡cosa terrible! ella era su insomnio, su preocupacion, su enojo, su rabia.

Quizás estuviese algo enamorado.

XI.

Barkilphedro emboscado.

Encontrar la parte sensible de Josiana y herirla allí, era, como hemos dicho, la voluntad imperturbable de Barkilphedro; pero querer no basta, es necesario poder. Y cómo? Esta es la cuestion.

Los ganapanes vulgares se arreglan con cuidado el escenario de picardia que

(1) Gusano que se cria dentro del queso.

quieren acometer; no se reconocen bastante fuertes para asir un incidente al paso, para posesionarse de él voluntariamente ó á la fuerza y obligarle á que les sirva. De aquí nacen combinaciones preliminares, que los grandes malvados desdeñan. Los malvados profundos solo cuentan *á priori* con su maldad; se limitan á armarse de todas las armas, preparados para todos los casos, y, como Barkilphedro, espían las ocasiones favorables. Saben que un plan imaginado de antemano corre el peligro de fracasar con la presentacion de un acontecimiento imprevisto; de este modo no se puede ser dueños de lo posible y no se obra como se quiere. No se pueden tener conferencias previas con el destino; al dia siguiente ya no os obedece, porque éste es insubordinado. Por eso le espían, para pedirle sin preámbulo, en el momento preciso y con rapidez, su colaboracion. Aprovecharse inmediata y rápidamente de un hecho cualquiera que pueda ayudar, es la habilidad que distingue al malvado eficaz y que eleva al pícaro á la dignidad de demonio. El verdadero malvado os hiere como una honda con el primer guijarro que encuentra; los malhechores capaces cuentan con lo imprevisto, ese atónito auxiliar de tantos crímenes. Empuñar el incidente y saltar encima de él es la única arte poética para esta clase de talento, y esperando que sobrevenga, sondear el terreno.

Para Barkilphedro, el terreno era la reina Ana; éste se aproximaba tanto á la reina, que á veces se imaginaba oír los monólogos de su majestad.

Algunas veces asistia, pocas, á las conversaciones de las dos hermanas; no se le prohibia que mezclara en ellas algunas palabras; él se aprovechaba de esto para empuñarse á los ojos de ellas, y este era un modo de inspirar confianza.

Así es que un dia en Hampton-Court, en el jardín, estando detrás de la duquesa, que estaba detrás de la reina, oyó que Ana, conformándose pesadamente con la moda, emitia sentencias.

—Las bestias son felices, dijo la reina, porque no están expuestas á ir al infierno.

—Porque están ya en él, respondió Josiana.

Esta respuesta, que sustituía brusca-mente la filosofía á la religion, desagradó á Ana.

—Nosotras hablamos del infierno como dos necias, replicó la reina; pre-

guntemos á Barkilphedro si sabe lo que es el infierno. Debe saberlo.

—Como diablo? preguntó Josiana.

—Como bestia, contestó Barkilphedro inclinándose.

—Tiene más ingenio que nosotras, dijo la reina á Josiana.

Para un hombre como Barkilphedro, acercarse á la reina era dominarla. Podia decir: Ya la tengo. Ahora solo le faltaba hacer que le sirviera.

Habia sentado bien el pié en la corte; estaba apostado y nada de ella podia escaparse á su penetracion. Más de una vez habia conseguido hacer sonreír malignamente á la reina, y esto equivalia á haberle concedido licencia de caza. Pero la habria reservada? ¿Este permiso le autorizaba para herir en el ala ó en la pierna á alguno, como por ejemplo, á la propia hermana de su majestad?

Primer punto que tenia que aclarar: La reina queria á su hermana? Un paso dado en vago podria echarlo todo á perder, y Barkilphedro observaba.

Antes de empezar la partida, el jugador mira sus naipes.

Con qué triunfos podia contar?—Barkilphedro empezó por examinar la edad de las dos mujeres; Josiana tenia veintitres años, Ana cuarenta y uno; está bien, podia jugar. Es irritante para la mujer el momento en que cesa de contar por primaveras y empieza á contar por inviernos y siente sordo rencor contra el tiempo. Las jóvenes, que están en la flor de la edad que perfuma á los demás, son para ellas espinas, porque sienten los pinchazos de esas rosas; les parece que han perdido su frescura y que la belleza mengua en ellas para aumentarse en las otras.

Explotar este mal humor secreto, ahondar la arruga en la frente de una mujer de cuarenta años, que es reina, es lo que intentaba hacer Barkilphedro. La envidia sobresale en excitar los celos, como el raton en hacer salir al cocodrilo.

Barkilphedro fijaba en la reina Ana su mirada magistral y veía dentro de ella como en el agua estancada. La marjal tiene su transparencia. En el agua sucia se ven los vicios y en el agua turbia las ineptitudes. Ana era una agua turbia.

Embriones de sentimientos y larvas de ideas se movian en su cerebro espeso. Unos eran poco claros, otros apenas ofrecian contornos; sin embargo, eran realidades, pero informes. La reina piensa esto, la reina desea aquello; precisar el

qué era lo difícil. Las transformaciones confusas que se verifican en el agua que se corrompe son difíciles de estudiar.

La reina habitualmente era oscura, pero tenia algunas veces salidas bruscas y estúpidas; por ellas habia que co-gerla.

¿En su foro interior deseaba la reina Ana el bien ó el mal á la duquesa Josiana?

Este problema se propuso resolver Barkilphedro, porque una vez resuelto tenia adelantado mucho camino; diversas casualidades le ayudaron y sobre todo su tenacidad de espía.

Ana era por parte de su esposo algo parienta de la nueva reina de Prusia, mujer del rey de los cien chambelanes, de la que tenia un retrato pintado sobre esmalte por el procedimiento de Turquet de Mayerne. Dicha reina de Prusia tenia tambien una hermana, más jóven que ella y tambien ilegítima, la baronesa Drika.

Un dia, estando presente Barkilphedro, Ana hizo al embajador de Prusia varias preguntas respecto á la baronesa Drika.

—Dicen que es muy rica.

—Es opulenta, contestó el embajador.

—Posee palacios?

—Palacios magníficos, como no los tiene la reina su hermana.

—Con quién vá á casarse?

—Con un gran señor, con el conde Gormo.

—Es hermosa?

—Hermosísima.

—Es jóven?

—Muy jóven.

—Es tan hermosa como la reina?

El embajador bajó la voz y dijo:

—Mucho más.

—Eso es mucha insolencia, murmuró Barkilphedro.

La reina, despues de una pausa, exclamó:

—Esas bastardas!...

Barkilphedro anotó ese plural.

Otro dia, á la salida de la capilla real, cuando Barkilphedro estaba cerca de la reina, y entre los grooms de la limosnería, lord David, que pasaba por entre dos líneas de mujeres, produjo en ellas un murmullo de complacencia. A su paso se oyeron las siguientes exclamaciones femeninas:—Qué elegante es! ¡Qué gallardo! Qué aire tan noble tiene! ¡Es hermoso!...

—Ese hombre es antipático, dijo en voz baja la reina, pero Barkilphedro lo

oyó y se apoderó de este dato. Podia ya perjudicar á la duquesa sin disgustar á la reina. Estaba ya resuelto el primer problema.

Ahora se le presentaba el segundo. Cómo perjudicar á la duquesa? Para tan árduo objeto, ¿qué medios le podia prestar su miserable empleo? Probablemente ninguno.

XII.

Escocia, Irlanda é Inglaterra.

Indiquemos un detalle: la duquesa Josiana tenia el Torno. Esto se comprenderá fácilmente si se reflexiona que, aunque bastarda, era hermana de la reina, esto es, persona de sangre real.

Qué es tener el torno? El vizconde de Saint-John, lord Bolingbroke, escribia á Thomas Lennard, conde Sussex: "Dos cosas constituyen la verdadera grandeza: en Inglaterra tener el torno y en Francia tener el *Pour*".

El *Pour* en Francia era lo siguiente: cuando el rey estaba de viaje, el furriel de la corte, cuando llegaba la noche y terminaban la etapa, designaba el alojamiento á las personas que acompañaban á su majestad; entre dichos señores algunos gozaban de un privilegio inmenso: "Tienen el *pour*", dice el *Diario* histórico del año 1694, página 6, esto es, que el furriel, al designar los alojamientos, ponía *Pour* delante de sus nombres, como por ejemplo: *Pour el señor príncipe de Soubise*: cuando designaba la habitacion de un señor que no era príncipe, no ponía *pour*, sino sencillamente su nombre, como verbí gracia: *El duque de Gresvres, el duque de Mazarin*, etc. Este *pour*, escrito sobre una piedra, indicaba á un príncipe ó á un favorito. El rey concedía el *pour* con el cordon azul ó el ser par.

Tener el torno en Inglaterra era menos vanidoso, pero más real: era un signo de aproximarse mucho á la persona reinante. Todo el que, por nacimiento ó por influjo, estaba en el caso de recibir comunicaciones directas con su majestad, tenia en la pared de su cámara de dormir un torno, al que habia ajustado un timbre. El timbre sonaba y el torno se abria, y una misiva real aparecia sobre un plato de oro ó sobre un cojin de terciopelo; despues el torno se volvía á cerrar. Esto era íntimo y solemne: era lo misterioso en lo familiar; la campanilla anunciaba un mensaje real.

No se veía al que la trajo, pero siempre era un paje de la reina ó del rey. Leicester tenía el torno en el reinado de Elisabet y Buckingham en el de Jacobo I. Josiana lo tenía en el de Ana, aunque al parecer no era favorita suya. No había privilegio tan envidiado, aunque implicaba más servilidad. Era el que lo poseía más criado, pero en la corte lo que eleva rebaja.

Lady Josiana, virgen en la pairía, como Elisabet fué virgen reina, llevaba en la ciudad y en el campo una vida casi de princesa; tenía casi su corte, de la que siendo cortesano lord David, lo eran otros muchos. No estando casados todavía lord David y lady Josiana, podían, sin caer en el ridículo, presentarse juntos en público, lo que hacían con satisfacción de entrambos. Iban á los espectáculos y á las carreras en la misma carroza y ocupaban el mismo sitio. El matrimonio, que les era permitido, y hasta impuesto, les entibiaba, pero tenían gusto de verse. El trato familiar permitido á los prometidos esposos tiene una frontera fácil de franquear, pero se abstienen de franquearla, porque eso era de mal gusto.

Los más llamativos *boxes* se verificaban en Lambet, parroquia en la que el lord arzobispo de Cantorbery tiene un palacio (aunque en ella el aire es malo) y una rica biblioteca, abierta á ciertas horas para las personas honradas. Un día, en invierno, se verificó allí, en una pradera cerrada con llave, una lucha entre dos hombres, á la que asistió Josiana, conducida por lord David. Ella le preguntó:—¿Se admite aquí á las mujeres? David le contestó:—*Sunt femine magnate*; traducción libre: A las grandes damas; traducción literal: Las grandes damas existen. Una duquesa entra en todas partes; por eso lady Josiana vió el *boxe*.

Para asistir Josiana se vistió de caballero, cosa que entonces se acostumbraba; las mujeres no viajaban con otro traje. De las seis personas que podía llevar el *coach* (1) de Windsor, era raro no encontrar entre ellas una ó dos mujeres vestidas de hombre.

Lord David, como iba acompañando á una mujer, permaneció como espectador. Lady Josiana miraba al través del antejo, cuyo acto era propio de un gentil-hombre.

Presidia el noble encuentro lord Germai-

(1) Coche.

ne. Muchos gentiles-hombres apostaban; Harry Bellew de Carleton, que pretendía la pairía extinguida de Bella-Agua, apostaba contra Henry, lord Hyde, miembro del Parlamento por la aldea de Dunhivid; el honorable Peregrin Bertie, miembro por la aldea Truro, contra sir Thomas Colepeper, miembro por Maidstone, y apostaban otros muchísimos más lores, cuyos nombres suprimimos por no cansar al lector.

De los dos boxadores, uno era irlandés, de Tipperay, y llevaba el nombre de su montaña natal, Phelem-ghe-madone; el otro era escocés y se llamaba Helmsgail. Esta lucha ponía dos orgullos nacionales uno enfrente del otro; Irlanda y Escocia iban á lastimarse. Erin iba á darse de puñetazos con Gajothel, y las apuestas pasaban de cuarenta mil guineas.

Los dos campeones estaban desnudos, con un pantalon muy corto, con hebillas en las caderas, y borceguíes, con suelas claveteadas, atados á los tobillos.

El escocés Helmsgail era un jovencuelo que apenas tendría diez y nueve años, pero ya le habían recosido la frente, y por esto apostaban en su favor dos partes y un tercio más. El mes anterior hundió una costilla é hizo saltar los dos ojos al boxador Sixmileswater, y esto explicaba el entusiasmo que producía en la concurrencia: tenían de ganancias, los que apostaban en su favor, doce mil libras esterlinas; además de la frente cosida, tenía una mandíbula rajada. Era listo y siempre estaba alerta. No era más alto que una mujer, bajo, cachigordo, recogido, de pequeña y amenazadora estatura y formado para el pugilato. Se sonreía y añadía á su sonrisa los vacíos que le habían dejado la falta de tres dientes.

Su adversario, largo y grueso, esto es, débil. Tenía seis piés de estatura, el pecho de hipopótamo y el aspecto amable. Sus puñetazos eran capaces de hender un navío, pero no sabía darlos. Este irlandés parecía estar en los *boxes* más para recibirlos que para devolverlos; sin embargo, parecía que había de durar mucho tiempo; era una especie de *roast-beef* poco cocido, difícil de ser mordido é imposible de comer; una especie de carne cruda. Luchaba y parecía resignarse.

Esos dos hombres habían pasado la noche anterior en la misma cama, uno al lado de otro, y habían dormido juntos. Bebieron en el mismo vaso tres dedos cada uno de vino de Oporto.

Los partidarios de ambos adversarios se dividían en dos grupos, y todos ellos eran de rostro rudo y amenazaban, cuando creían tener razón, á los árbitros. En el grupo de los sostenedores de Helmsgail se veía á John Gromane, famoso por poderse cargar un toro en las espaldas, y á John Bray, por cargarse también diez fanegas de harina y con ellas al molinero, y andar con ellos á cuestras más de cien pasos. En el grupo de Phelem-ghe-madone sobresalía un tal Kilter, que arrojaba una piedra de veinte libras de peso á la altura de la torre más alta de un castillo. Dichos tres hombres, Kilter, Bray y Gromane, eran de Cornouailles, para la honra de ese condado.

Los otros sostenedores eran bribones y canallas de faz estúpida y andrajosos, y todos ellos habían dado que hacer á la justicia. Muchos de ellos sabían burlar muy bien á la policía; cada profesión tiene sus talentos.

El prado elegido estaba más lejos que el jardín de los Osos, llamado así porque en otros tiempos se batían allí osos, toros y dogos, al lado de las ruinas del priorato de Santa María Over Ry, que destruyó Enrique VIII. Reinaba el viento del Norte y caía lluvia fina, que pronto se convertía en escarcha. Entre los *gentleman* (1) se conocía los que eran padres de familia en que habían abierto los paraguas.

Por parte de Phelem-ghe-madone, el coronel Moncreif era el árbitro y Kilter el que ponía la rodilla. Por parte de Helmsgail, el honorable Pughe Beaumaris era el árbitro y lord Desertum el que ponía la rodilla.

Los dos boxadores permanecieron unos instantes inmóviles mientras igualaban los relojes. Despues se acercaron el uno al otro y se dieron la mano.

Phelem-ghe-madone dijo en voz baja á Helmsgail:

—Preferiría irme á casa.

—Pues el público para eso no se ha tomado la incomodidad de venir, le contestó Helmsgail.

Como estaban casi desnudos, tenían frío; Phelem-ghe-madone temblaba.

El doctor Eleanor Sharp, sobrino del arzobispo de York, les gritó:

—Golpeaos, pillastres; esto os calentará.

Esta alusión amena los desheló y se atacaron.

Pero ni uno ni otro tenían cólera. Se

(1) Gentiles-hombres.

dieron tres ataques infructuosos. El reverendo doctor Gumdraith gritó:

—Que se entonen con ginebra.

Los cuatro jueces se opusieron, á pesar de que hacía mucho frío.

Se oyó el grito: *first blood!* esto es, la petición de la primera sangre de los combatientes. Entonces los colocaron bien, uno enfrente del otro.

Los dos se miraron, acercáronse, alargaron los brazos, se tocaron los puños y despues retrocedieron. De repente, Helmsgail dió un salto y empezó el verdadero combate.

Phelem-ghe-madone recibió un golpe terrible en medio de la frente, entre las dos cejas, que hizo correr la sangre por toda la cara. La muchedumbre gritó:—*¡Helmsgail ha hecho ya derramarse el Bordeaux!* Todos aplaudieron. Phelem-ghe-madone, dando vueltas á los brazos como un molino las aspas, meneaba los puños á la ventura.

El honorable Berti dijo:

—Cegado, pero no ciego aun.

Entonces oyó Helmsgail que le animaban por todas partes, gritándole:

—Reviéntale los ojos!

Los dos campeones estaban bien escogidos, y aunque el tiempo era poco favorable, comprendió la concurrencia que la lucha tendría gran éxito. El semigigante Phelem-ghe-madone tenía los inconvenientes de sus ventajas: se movía pesadamente; sus brazos eran dos mazas, pero su cuerpo era macizo. El enano corría, pegaba, brincaba, se deslizaba y doblaba su vigor con la velocidad y con la astucia. El primero daba el puñetazo primitivo, salvaje, inculto, en el estado de ignorancia, y el segundo daba el puñetazo de la civilización. Helmsgail peleaba tanto con los nervios como con los músculos, y tanto con su astucia como con su fuerza; Phelem-ghe-madone era un aporreador inerte, pero aporreado antes. Luchaban el arte contra la naturaleza, el feroz contra el bárbaro.

Parecía evidente que el bárbaro fuese el vencido, pero no pronto, y esto era lo que hacía interesante la lucha. El pequeño contra el grande tiene casi siempre la suerte de su parte. Los Goliats son vencidos por los Davids.

El público dirigía una granizada de apóstrofes á los dos combatientes. Los amigos de Helmsgail no cesaban de gritarle:—*Reviéntale los ojos!* (1)

(1) Como en España á los picadores en las corridas de toros.—(N. del T.)

Helmsgail hizo más; se bajó bruscamente y se enderezó, haciendo una ondulacion de reptil, y dió un golpe horroroso á Phelem-ghe-madone en el esternon. El coloso se bamboleó.

—Ese es un mal golpe! gritó con satisfaccion el vizconde Barnard.

Phelem-ghe-madone se cayó sobre la rodilla de Kilter, diciendo:

—Empiezo á calentarme.

Lord Desertum, despues de consultar con los jueces, dijo:

—Se suspende la lucha por cinco minutos.

Phelem-ghe-madone desfallecia; Kilter le enjugaba la sangre de los ojos y el sudor del cuerpo con un pedazo de flanela y le puso el cuello de una botella en la boca; el semi-gigante, además de la llaga de la frente, tenía el vientre muy hinchado y el sinciput (1) magullado. Helmsgail estaba aun sano.

Se levantó un murmullo entre el público.

—Es un mal golpe, repetia lord Barnard.

—Es nula la apuesta, dijo un gentleman.

—Reclamo mi puesta, repuso sir Thomas Colepeper.

—Que se me devuelvan mis quinientas guineas, que me voy, añadió sir Bartholomew Gracedien.

—Que termine la lucha, gritó la concurrencia.

Pero Phelem-ghe-madone se levantó tambaleándose como hombre ébrio y dijo:

—Continuemos el combate, pero con una condicion. Con la condicion de que yo tenga tambien el derecho de dar un mal golpe.

—Concedido! concedido! gritaron de todas partes.

Pasados los cinco minutos de la suspension volvió á continuar la lucha. Este combate, que era una agonía para Phelem-ghe-madone, era un juego para Helmsgail.

El enano pudo conseguir coger de súbito debajo de su brazo izquierdo la voluminosa cabeza del gigante y allí la sostuvo con el sobaco, con el cuello plegado y la nuca debajo, mientras que su puño derecho caía y volvía á caer con fuerza, como un martillo sobre un clavo, y le machacaba la cara. Cuando soltó á Phelem-ghe-madone y éste pudo levantar la cabeza, no se le conocía ya el rostro. Lo

(1) La parte superior de la cabeza.

que fué nariz, boca y ojos, presentaba la apariencia de una esponja negra empapada en sangre. Escupió y echó en el suelo cuatro dientes.

Despues cayó y Kilter le recibió sobre la rodilla.

Helmsgail solo tenía algunas moraduras y un arañazo en la clavícula.

Harry de Carleton exclamó:

—Ya ha concluido Phelem-ghe-madone: apuesto en favor de Helmsgail mi pairía de Bella-Agua y mi título de lord Bellew contra una peluca vieja del arzobispo de Cantorbery.

Kilter metió la flanela sangrienta dentro de la botella y la sacó empapada de ginebra: se la introdujo en la boca á Phelem-ghe-madone y éste abrió un ojo.

—Toma otra vez más ginebra, amigo mio, le dijo Kilter en voz baja; por el honor de nuestro país.

Phelem-ghe-madone obedeció á su amigo y despues se levantó.

Por el modo de colocarse en posicion este cíclope—pues no tenía ya más que un ojo—se comprendió que iba á terminar la lucha y que éste estaba perdido sin remedio. Helmsgail, que apenas estaba sudado, gritó:

—Apostaria en mi favor mil contra uno.

Helmsgail levantó el brazo y pegó, pero lo más extraño fué que los dos cayeron al suelo. Se oyó un gruñido alegre, producido por Phelem-ghe-madone, que estaba contento. Se aprovechó del golpe terrible que su contrario le dió en el cráneo para darle otro tremendo en el ombligo.

Helmsgail yacía en tierra y resollaba agonizando.

La concurrencia, que lo vió, exclamó:

—Ya se ha reembolsado.

Todos los concurrentes aplaudieron, hasta los que habian perdido.

Phelem-ghe-madone devolvió mal golpe por mal golpe y obraba segun su derecho. Se llevaron en unas angarillas á Helmsgail; era opinion general que no volveria ya á *boxar*.

—Yo gano mil doscientas guineas.

Phelem-ghe-madone quedó sin duda estropeado para toda la vida.

Al salir del sitio de la lucha, Josiana se apoyó en el brazo de lord David—lo que es tolerado entre prometidos—y le dijo:

—Esto será muy divertido, pero...

—Por qué?

—Creia que me libreria del fastidio, pero me ha aburrído más.

Lord David se paró, miró á Josiana, cerró la boca é hinchó los carrillos moviendo la cabeza, como para que ésta le atendiese, y la dijo:

—Para curar el aburrimiento solo hay un remedio.

—Cuál?

—Gwynplaine.

La duquesa le preguntó:

—Qué significa Gwynplaine?

LIBRO SEGUNDO

Gwynplaine y Dea.

I.

En el que se vé la cara del que hasta ahora solo se han visto las acciones.

La naturaleza fué pródiga con Gwynplaine: le dotó de una boca que abría de oreja á oreja, de orejas que se plegaban casi encima de los ojos, de nariz informe y de una cara que hacia reír al que la miraba. ¿Esta deformidad era obra exclusiva de la naturaleza? ¿No la habian ayudado los hombres?

No produce ordinariamente la naturaleza ojos parecidos á dias de sufrimiento, protuberancia carnosa con dos agujeros por narices y cara machacada produciendo el resultado de la risa, cuando la risa siempre es sinónima de la alegría.

Observando al volatinero (porque Gwynplaine era volatinero), pasada la primera impresion alegre que producía, se reconocía en él la huella del arte. Semejante rostro no es fortuito, sino hecho adrede. No es natural ser completo hasta ese punto. El hombre no puede mejorar su hermosura, pero sí su fealdad. No se puede hacer de un perfil hotentote un perfil romano, pero una nariz griega podreis convertirla en nariz kalmuca. ¿Llamaba este volatinero, siendo niño, la atencion, hasta el punto de que fuese digno de que le modificasen la cara de este modo? Sin duda lo hicieron así para exhibirle y para especular con él. Segun todas las apariencias, los industriosos comprachicos le habian trabajado el semblante. Era evidente que una ciencia misteriosa, acaso oculta, que era á la cirugía lo que la alquimia es á la quí-

mica, habia cincelado esa carne, desde luego en la edad infantil, y creado con premeditacion ese rostro; esa ciencia, hábil en las secciones, en las obtusiones y en las ligaduras, habia hendido la boca, destrozado los labios, descarnado las encías, extendido las orejas, deshecho los cartilagos, desordenado las cejas y las mejillas, alargado el músculo zygomatico, hecho desaparecer las costuras y las cicatrices, extendiendo la piel sobre las lesiones, conservando siempre el rostro boquiabierto, y de esta escultura poderosa y profunda habia resultado la máscara de Gwynplaine. No se nace con esa cara.

Habian hecho de ella lo que se propusieron los que la trabajaron. Gwynplaine era un dón concedido por la Providencia para librar á los hombres de la tristeza; porque, ¿no hay una Providencia demonio, como hay una Providencia Dios? Hacemos esta pregunta sin resolver la contestacion.

Gwynplaine, como saltimbanqui, se exhibía al público, y el efecto que producía en éste era indecible. Solo presentándose curaba á los hipocondríacos. Los que estaban de luto procuraban no verle para no tener que reír con inconveniencia. El verdugo fué á verle y tambien le hizo reír. El que le veía no podia evitar la risa, y el que le oía hablar reía á carcajadas. Era el polo contrario al de la afliccion; el *spleen* ocupaba un extremo y Gwynplaine el otro.

Por eso alcanzó rápidamente en las férias y en las plazas públicas la fama de hombre horrible; sin embargo, su rostro se reía, pero no su pensamiento. La especie de cara nunca vista que la casualidad ó la industria le habia proporcionado reía ella sola; Gwynplaine no contribuía á ello; su exterior no dependía de su interior. El no podia arrancarse la risa que le grabaron en la frente, en las mejillas, en las cejas y en la boca; se la dejaron indeleble en el rostro; era una risa automática é irresistible, porque estaba en él petrificada. La boca tiene dos convulsiones comunicativas; la risa y el bostezo. En virtud de la misteriosa operacion que sufrió Gwynplaine siendo niño, todas las partes del rostro contribuían á darle el aspecto indicado, y todas sus emociones, fuesen de la especie que fuesen, aumentaban aquella extraña imágen de la alegría, ó por mejor decir, la agravaban. Figuraos una cabeza de Medusa alegre.

El arte antiguo aplicaba en otros